

Adamovsky, Ezequiel (agosto 2005). *La revolución rusa de 1905 : El año en que nacieron los soviets*. En: Encrucijadas, no. 34. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

La revolución rusa de 1905

El año en que nacieron los soviets

En enero de 1905, se desató en Rusia un proceso revolucionario que se inició a partir del Domingo Sangriento, cuando fuerzas represivas dispararon sobre una manifestación obrera pacífica que arrojó como resultado más de doscientos muertos. La miseria y el autoritarismo se tradujeron durante este largo proceso en el pedido de libertades civiles, jornada de ocho horas, y el establecimiento de una república democrática. Si bien aquella revolución no tuvo éxito, subsistieron los soviets, los consejos de obreros fabriles destinados a canalizar las inquietudes de las bases y que se transformarían en el paradigma fundamental de la lucha revolucionaria, no sólo en Rusia sino en buena parte del mundo.

EZEQUIEL ADAMOVSKY

Doctor en Historia por la Universidad de Londres. Docente a cargo de la cátedra de Historia de Rusia (FFyL/UBA). Investigador del CONICET.

Hace cien años sucedía en Rusia una de las revoluciones más importantes del siglo XX. Al descontento habitual por la miseria y la falta de libertad se había sumado en 1904 el malhumor por las derrotas en la Guerra Ruso-Japonesa. Durante la segunda mitad de ese año, el malestar social se manifestó de diversas maneras: desde moderadas peticiones de la nobleza progresista, hasta una ola de huelgas y ataques contra funcionarios del gobierno. El proceso revolucionario se desató luego del “Domingo Sangriento” de enero de 1905, cuando las fuerzas represivas dispararon sobre una manifestación obrera pacífica liderada por el cura Gapón. Cerca de doscientos manifestantes cayeron muertos. La indignación por la matanza alimentó todavía más la agitación; el régimen respondió con algunas concesiones menores, ofreciéndose a recibir peticiones y prometiendo el llamado a elecciones para formar alguna clase de poder legislativo, hasta entonces inexistente en Rusia. Esta actitud sólo ayudó a expandir los disturbios ahora también al campo y a nuevos sectores de las clases letradas progresistas, que se animaron a involucrarse en el proceso. En junio, una nueva ola de huelgas y el famoso motín del acorazado Potemkin profundizaron el proceso revolucionario. La derrota en la Guerra Ruso-Japonesa y la humillante paz firmada en agosto terminaron de caldear los ánimos. Siempre por detrás de los acontecimientos, el gobierno respondió con más promesas que, sin embargo, estaban lejos de satisfacer las demandas. Así, anunciaron que se elegirían representantes para la formación del parlamento o Duma a través de un mecanismo indirecto que aseguraba el predominio de los sectores conservadores. Pero la demanda popular era que el voto fuera universal, secreto, directo e igual para todos. En reclamo de elecciones democráticas para una asamblea constituyente, se profundizó la agitación obrera en septiembre, hasta llegar a una gran huelga general en octubre, acompañada de barricadas en los barrios populares de San Petersburgo. La producción, el transporte, las comunicaciones: todo estaba paralizado. Para entonces, los obreros se habían organizado en consejos o soviets. Durante el proceso revolucionario, las demandas obreras se habían ido radicalizando: ya no sólo pedían libertades civiles y la jornada de ocho horas, sino que reclamaban también el establecimiento de una república democrática, una amplia amnistía, y la inmediata entrega de las armas de policías y militares a los trabajadores.

El gobierno lanzó entonces su “Manifiesto de Octubre”, que prometía una monarquía

constitucional en la que la Duma, ahora democráticamente elegida, tendría poder real. El Manifiesto conformó a los liberales moderados, quienes pasaron a apoyar al gobierno. Aprovechando el debilitamiento de la oposición y la fatiga de los huelguistas, el gobierno avanzó poco después con medidas represivas. Los disturbios continuaron todavía por varios meses: hasta junio de 1906 los campesinos continuaron atacando a los terratenientes y apropiándose de sus tierras. Sin embargo, el ciclo de la Revolución ya había iniciado su fase descendente. Pronto el gobierno disolvería las dos primeras Dumas hasta lograr asegurarse en 1907, mediante la manipulación de las leyes electorales, una mayoría conservadora. Concluida la revolución, poco parecía haber quedado de los días extraordinarios de 1905.

Y, sin embargo, algo había quedado: los soviets. Mejor dicho, lo que sobrevivió no fueron los soviets –suprimidos inmediatamente por las autoridades– sino su recuerdo y su fantasma. Luego de 1905, la organización en soviets se transformaría en el paradigma fundamental de la lucha revolucionaria, no sólo en Rusia sino en buena parte del mundo.

El nacimiento de los soviets

Surgidos durante la revolución de 1905, los soviets fueron una creación genuina de los obreros en lucha. Ciertamente, en la mayoría de los procesos revolucionarios anteriores habían existido consejos democráticos de representantes de las masas: los hubo durante la primera Revolución inglesa, en las Revoluciones francesas de 1789 y de 1848, y también en la Comuna de París. Sin embargo, no existía en la Rusia de principios del siglo XX ninguna tradición que apuntara a una forma política tal. Existían sí sólidas costumbres de organización y deliberación colectivas, por ejemplo en las comunas campesinas. Pero ninguna de ellas puede tomarse como antecedente directo de los soviets.

Curiosamente, fueron algunas de las medidas estatales las que facilitaron la aparición de los soviets. Hacia principios de siglo, y para refrenar las tendencias radicales, el jefe de policía de Moscú, Sergei Zubátov, había diseñado una estrategia consistente en separar las demandas puramente económicas de los trabajadores (consideradas “aceptables”) de aquellas otras que pudieran tener componentes políticos. Siguiendo sus indicaciones, se crearon organizaciones obreras legales, controladas por la policía, y se animó a los obreros a canalizar sus reclamos a través de ellas. Esta estrategia paternalista tuvo un fin abrupto en 1903, cuando las propias organizaciones que él había creado comenzaron a organizar huelgas. Lo importante es que, como parte de su diseño, Zubátov había permitido a los trabajadores de Moscú reunirse y elegir representantes, los que luego se agrupaban en un “soviet” (literalmente “consejo”) de obreros fabriles, destinado a canalizar las inquietudes de las bases. Junto con la caída en desgracia del jefe policial, este “soviet” fue disuelto. Algunos de sus miembros, sin embargo, tendrían un importante papel en la organización de las luchas sindicales durante 1905.

Los soviets tal como los conocemos surgieron espontáneamente entre los obreros en huelga durante 1905, inicialmente no como órganos políticos sino de coordinación de la lucha gremial. En general, nacieron bajo la forma de “comisiones obreras” por fábricas, encargadas de dirigir la huelga y representar a los huelguistas en las negociaciones con la patronal, en un contexto en el que los sindicatos o los partidos tenían escasa presencia. De hecho, algunas de estas comisiones evolucionaron transformándose en sindicatos a la manera usual. Otras, sin embargo, tomaron un camino de evolución diferente. Ante la necesidad de coordinar las huelgas más allá del ámbito de cada fábrica, surgió la iniciativa de reunir representantes de todo el movimiento huelguístico de una región, formando así una especie de comité de huelga interfábrica. Como parte de la dinámica

abierta por la revolución, algunos de estos comités de huelga/soviets evolucionarían hasta convertirse en órganos políticos de dirección revolucionaria; sin embargo, no debe perderse de vista que no fueron creados inicialmente con ese fin –como sostiene alguna historiografía partidista–, sino con el de coordinar la luchas por las demandas económicas que inicialmente planteaba la clase obrera.

El primer soviets de 1905 surgió en la zona textil de Ivanovo-Voznesensk (Moscú), a partir de una junta de representantes de los huelguistas que se encargó de establecer una lista de reivindicaciones económicas. Acompañados de una enorme movilización, entregaron esta petición a las autoridades, las que se comprometieron a permitir la elección de representantes por fábrica. Las elecciones se celebraron, y los 110 delegados electos se reunieron por primera vez el 15 de mayo en el “Soviet de delegados de Ivanovo-Voznesensk”. El soviets se dio como misión dirigir la huelga y negociar con la patronal. Pero las soluciones requeridas para el conflicto no aparecían, y comenzaron a aparecer en el soviets las primeras reivindicaciones propiamente políticas (por ejemplo, la convocatoria a una asamblea constituyente). Lejos estaba el soviets de proponerse la toma del poder, y de hecho terminó disolviéndose desbordado por las presiones de las bases. El ejemplo de Moscú, sin embargo, pronto fue seguido por otras ciudades hasta que, en el pico de la huelga general de octubre, se creó el que sería el verdadero órgano dirigente de la Revolución: el “Soviet de diputados obreros de San Petersburgo”. Aunque para entonces ya había militantes agitando por la formación de un cuerpo revolucionario que tuviera funciones políticas, el soviets de San Petersburgo surgió también con modestas aspiraciones de coordinar la huelga y las negociaciones. En noviembre, poco antes de ser disuelto, llegó a contar con 562 delegados de varias decenas de fábricas, y representantes de 16 sindicatos. Se autorizó en la tercera reunión, con cierta renuencia de los delegados obreros, la participación de los tres partidos socialistas, con sólo tres representantes cada uno. El soviets eligió un presidente y un “comité ejecutivo provisional” formado por 22 miembros (dos por barrio, y dos de cada uno de los cuatro sindicatos más importantes). Como parte del proceso revolucionario, y sin proponérselo, el soviets fue sobrepasando las meras funciones de un comité de huelga, hasta transformarse en un órgano propiamente político, un verdadero “parlamento obrero” con tendencia a ocuparse cada vez de más problemas y asuntos. En algunos aspectos, mostró incluso la disposición a transformarse en un órgano de “doble poder” al reclamar para sí funciones que eran propias del Estado. Este aspecto permaneció sin embargo incipiente. El modelo de la capital se “contagió” a muchas otras ciudades, y también los campesinos y soldados comenzaron a formar sus propios soviets. En total llegó a haber más de 50, algunos de los cuales llegaron a convertirse en órganos de preparación y dirección de la insurrección armada. El propio soviets de San Petersburgo se dedicaba intensamente a preparar tal insurrección cuando el gobierno arrestó a sus miembros el 3 de diciembre. El centro de la revolución pasó entonces a Moscú, cuyo soviets efectivamente inició el levantamiento armado, reprimido tras algunos días de combates. Confirmando lo insinuado ya por el soviets capitalino, el soviets central de Moscú y los de cada barrio asumieron durante el levantamiento, sin proponérselo, algunas funciones de gobierno (por ejemplo, la provisión de agua y alimentos, o la regulación de los alquileres para obreros).

La larga vida de un espectro

Aunque tras 1905 se suprimieron todos los soviets, éstos reaparecieron en varias oportunidades y mantienen aún una existencia espectral. Subsistieron en un tiempo paralelo y diferente al tiempo lineal del poder: el tiempo habitado por la potencia y el acontecimiento, el tiempo vital de la creación humana, el tiempo que sólo vemos cuando el tiempo lineal del poder se agrieta y colapsa todo lo instituido.

Así, en 1917, abierto el segundo proceso revolucionario en Rusia, resurgieron como hongos por todo el país, con una velocidad y un vigor tales que parecía que siempre hubieran estado allí. De hecho, los soviets fueron los órganos fundamentales de la revolución y asumieron rápidamente las funciones de “doble poder” que sus predecesores de 1905 tímidamente expresaran. Su vitalidad en Rusia quedaría seriamente comprometida, sin embargo, desde la misma Revolución de octubre. El partido bolchevique, que supo ganarse la simpatía de las masas durante el proceso revolucionario, vació rápidamente de contenido a los soviets apenas asumido el poder. Como los “comités de fábrica”, la autogestión, y otras instituciones autónomas de las clases subalternas, los soviets pronto dejaron de ser un ámbito abierto para el encuentro libre entre iguales, para convertirse en cáscaras vacías de la nueva organización estatal “soviética” creada por los bolcheviques. Su carácter libre y horizontal no era funcional a los proyectos centralistas y jerárquicos que Lenin, Trotsky y muchos de sus camaradas tenían para la Revolución. El ejemplo de los soviets, sin embargo, persistiría en el tiempo. De Rusia, el modelo se “contagió” a la Alemania de 1918-19, y más tarde a Hungría y a otros países europeos. Incluso en Latinoamérica hubo “soviets”. Y eran “soviets libres” lo que reclamaban los insurrectos de Kronstadt en 1921, antes de ser aniquilados por el gobierno bolchevique. Por su carácter “prefigurativo” —es decir, que “anticipa” en sus propias formas democráticas y horizontales de deliberación el mundo libre e igualitario que desea construirse—, el ejemplo de los soviets también inspiró a muchos de los teóricos de ideas emancipatorias, desde Anton Pannekoek en 1910-20 hasta Michael Albert en nuestros días.

Cuando se formaron las asambleas populares en Argentina tras la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001, y los editorialistas del diario La Nación exclamaron aterrados “¡son soviets!”, los obreros de Ivanovo-Voznesensk deben haber sonreído con orgullo en sus tumbas largamente olvidadas: su creación aún vive como ejemplo para las luchas emancipatorias, y como fantasma para sus enemigos.

Para seguir leyendo:

—Autores varios: Consejos obreros y democracia socialista, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 33, 1972.

—Adamovsky, Ezequiel (comp.), Octubre Hoy: Conversaciones sobre la idea comunista, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998.

—Albert, Michael, Parecon: Life After Capitalism, Londres, Verso, 2003 [de próxima aparición en castellano].

—Anweiler, Oskar, Los soviets en Rusia 1905-1921, Madrid, Zero, 1975.

—Bricianer, Serge, Pannekoek y los consejos obreros, Buenos Aires, Schapire Ed., 1975.

—Ferro, Marc, La revolución rusa, Barcelona, Laia, 1975.

—Figes, Orlando, La revolución rusa (1891-1924): La tragedia de un pueblo, Barcelona, Edhasa, 2000.

—Shanin, Teodor, Russia, 1905-1907: Revolution as a Moment of Truth, Yale University Press, 1986.

—Strada, V., “La polémica entre bolcheviques y mencheviques sobre 1905”, en Hobsbawm, E. (ed.): Historia del marxismo, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 127-202.